

CARTA XVII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMANECÍO, Teodoro, este día, que será uno de los mas señalados de mi vida, y ántes de la hora ordinaria ví entrar al padre con ojos en que resplandecian todos los rayos de una alegría extraordinaria. Ya tenian para mí mucha fuerza, no solo las palabras de este yaron de Dios, sino su presencia, su aspecto religioso y su aire recogido: ya no le podia ver sin sentir un movimiento de respeto y un deseo sincero de ser como él; pero aquel día me pareció un ángel tutelar, un amigo benéfico que un Dios piadoso me enviaba para hacerme feliz. Un momento de su presencia decidió mas mi corazon que todos los racionios en que pasé aquella noche.

Por la primera vez sentí en mi alma un no sé qué de dulzura, que se parece á la celeste calma que habita en un corazon religioso, y que es incompatible con los negros y turbulentos pensamientos en que la incredulidad se revuelca. Salí apresurado á recibirle, y estreché con mis labios



Es posible, le dixe, que un Dios de bondad se digne llamarme de tan lejos, y quiera admitirme en el coro de los felices que le conocen y le adoran?

la mano de mi angelical amigo. ¿Es posible, le dije, que un Dios de bondad se digne llamarme de tan léjos, y quiera admitirme en el coro de los felices que le conocen y le adoran? Teodoro, esta esperanza, aunque todavía débil y confusa, derramaba en mi corazon una especie de consuelo apacible, que no alcanzo á explicar; era un sentimiento dulce, pero profundo, y de un género nuevo que mi alma no conocia.

Despues que nos sentamos, el padre se volvió á mí, y añadiendo al tono suave que le es tan ordinario, una nueva y amable alegría, me dijo: Señor, desde el primer momento en que os ví llegar á esta casa tan fatigado, Dios me puso en el corazon que os habia destinado para ser un gran vaso de misericordia, y que os traia aquí para hacer os entrar en el número de sus escogidos. Quanto mas os he tratado despues, tanto mas me he confirmado en estas esperanzas, porque los hombres que el cielo ha dotado de un entendimiento claro y de luces naturales superiores, estan mas cerca del reino de Dios, y es que estan mas en estado de conocer y percibir la fuerza de las verdades de la religion.

Ganado este punto, todo lo demas es consiguiente, sobre todo si al talento natural se junta un corazon franco y recto; porque si la razon se ilumina con las verdades de la fe, al instante debe sentir que no puede ser feliz sino por el ejer-

cicio de las virtudes que aconseja. Un corazón franco confiesa la verdad desde que la conoce: el que es recto busca la felicidad donde la encuentra, y un carácter entero y esforzado sabe dominar las viles y seductoras pasiones que quisieran estorbarle el camino para marchar sin embarazo al término que se propone. Así cuando el cielo distingue á una alma, dotándola de calidades naturales, ya la da muchas ventajas, pues la da en ellas los medios que pueden sentir mas fácilmente los vivos y celestes influjos de la gracia.

Sin duda el corazón humano, que nació con un insaciable deseo de ser feliz, tiene tambien una irresistible necesidad de amor; porque débil por su naturaleza y vacilante ha menester un punto de apoyo en que pueda reposar. Este instinto de su constitucion es el que le expone á los mayores extravíos; porque mientras no tiene una luz que le dirija, corre vago, incierto y como loco por todos los objetos que le presentan sus sentidos, busca en ellos con ansia y con trabajo la felicidad que desea; pero la busca vanamente, porque ninguno de ellos puede satisfacer su natural necesidad de amar, ni llenar la inmensa extension de sus deseos. A cada instante se desengaña, deja unos para seguir otros; y como todos son igualmente insuficientes, pasa una larga vida, sin ganar mas que desengaños, que haciéndole ver sus ilusiones, no le enseñan tampoco dónde está lo que busca.

Pero desde que la religion le hace ver el único y divino objeto á que debe encaminar todo su amor, y el único que puede contentar toda la casi infinita esfera de su corazón, una alma generosa ya no duda, y atropellando por uno y otro lado las costumbres bajas y las pasiones viles que la pudieran detener, se avanza presurosa, segura de poder ya encontrar la felicidad por que tanto suspira. Se indigna de sus propios errores, y corre mas solícita por lo mismo que ha tardado mas en conocerla. Vé aquí, señor, cómo Dios ha hecho los grandes santos en su Iglesia: vé aquí lo que inspiró tanto celo á los Pablos, á los Agustinos y á otros muchos, que tardaron en conocer la verdad; y vé aquí por qué se observa que aquellos que ántes de conocer á Dios, dotados de un gran carácter y de prendas sobresalientes, se precipitaron en los mayores excesos, cuando la luz de la religion les alumbró, se elevaron á las mas altas virtudes.

Acaso Dios ha querido dejarnos estos modelos para alentar á los que tuvieron la desgracia de no conocerlo desde luego, y hacerles ver que aunque hayan dado mucha parte de su vida al error, aunque hayan malogrado muchos años preciosos, pueden con celo redoblado desquitar la pérdida del tiempo. Así es, señor; muchos ejemplos ilustres nos manifiestan, que es posible á un corazón ardiente y generoso reparar grandes desgracias con

grandes esfuerzos, y desde luego tienen un nuevo motivo de impulsión en los estímulos de su gratitud; porque es una gracia muy rara, muy grande y muy digna de su reconocimiento, que la piedad divina los haya entresacado de las tinieblas del mundo y de las pasiones, para hacerles ver la luz del desengaño, y ponerlos en las sendas de la felicidad.

Volved los ojos á ese mundo de que salís: contemplad un instante desde este asilo á que os trajo la Providencia ese tráfago, ese tumulto, ese movimiento atropellado con que los hombres con una venda en los ojos y acosados por sus pasiones, corren desbocados á los precipicios eternos. ¡Cuántos hay que cerca de su último suspiro, y cuando ya la muerte que los persigue va á alcanzarlos, á pesar de las heladas canas que cubren sus arrugadas sienes, y cuando léjos de los principios de la vida apenas vejetan con miembros fatigados, todavía no han visto la menor luz, y dejan correr los pocos instantes que les quedan, sin pensar que los aguarda un Juez inexorable, que les tomará cuenta de una vida larga y toda malograda; hombres que en el mucho tiempo que han vivido no han pensado jamas en que todo lo debían al Autor que los crió, y que van á caer de repente en la mano poderosa del Dios terrible que siempre han irritado!

¡Cuántos veréis que abusando de su juventud,

de sus riquezas, se apresturan con el no interrumpido afán de sus placeres á consumir los cortos días de una vida breve, y abren todas las puertas á la muerte, como si tuvieran prisa, ó estuvieran impacientes de llegar presto al término fatal, y empezar á ser eternamente infelices! ¡Y cuántos habréis visto que una muerte súbita ha atajado en medio de sus mismos desórdenes, y que sin mas intervalo que un rápido suspiro, se han precipitado desde los brazos del vicio entre los abismos de la eternidad! Estos tristes ejemplos son frecuentes, y por desgracia no son bastante activos para despertar á los que sobreviven; pues del entierro de un amigo, que es objeto de la justicia del cielo, salen insensibles á continuar sus excesos, sin advertir que presto les espera quizá el mismo destino, sin reflexionar cuál será la suerte del hombre desgraciado á quien Dios no concedió un instante para implorar su misericordia, y que murió cargado de delitos sin la menor señal de penitencia.

Este discurso, que me excitó la memoria de la muerte de Manuel, y de la que di al extranjero, me conmovió tanto, que sin poderme contener prorrumpí en sollozos violentos, derramando un diluvio de lágrimas, y cuando pude sossegar me un poco, conté al padre con expresion muy dolorida una y otra historia. El padre, despues de haberme oido con gesto de interes y dolor, me dijo:

Nosotros los mortales miserables no podemos penetrar los secretos juicios de la Providencia: sabemos que su misericordia es infinita, y que jamas debemos desesperar de ella; pero es cierto que una muerte de esta especie es desgraciada, y que no hay esfuerzo ni recurso que no debamos emplear para hacerla mejor y mas cristiana.

En los dos terribles ejemplos que acabais de contarme, admiro mas la piedad con que el Señor os trata; y considerad ¡cuál sería ahora vuestra suerte, si hubiérais sido victima del furor del extranjero? ¡dónde estuviérais, si os hubiera sorprendido la muerte tan arrebatadamente como á vuestro amigo? ¡Dios de misericordia! tenla con todas tus pobres criaturas. Pero, señor, alabad, bendecid y agradeced á ese Dios inescrutable, pero siempre justo y misericordioso, de la diferencia con que os trata. A uno de vuestros amigos arrebató casi á vuestros ojos, al otro castiga por vuestra propia mano, y á vos os conduce á esta casa de virtud, para haceros conocer la verdad de su religion, y excitaros á que procureis obtener su perdon con la reforma de vuestra vida. ¡Qué dignacion, señor! ¡qué piedad! ¡cuántos motivos para excitar vuestra gratitud, y dar un estímulo activo á vuestro celo!

Ahora reconozco mas en vos un grande y prodigioso vaso de misericordia; ahora os admiro y respeto como un hombre que Dios se ha empe-

ñado poner en él número de sus escogidos. No seais sordo á voz tan poderosa, no resistais á gracias tan raras y tan eficaces. ¡Qué mas puede hacer Dios para excitaros y persuadiros? Os ha puesto delante de los ojos dos ejemplos que deben aterraros; os trae á esta casa para desengañaros de los errores de vuestra funesta filosofia; os ofrece una ocasion fácil de lavaros con las aguas de la penitencia; aquí os presenta todos los recursos de la religion, todos los medios para que arregleis vuestra conciencia, y todos los consejos de que podeis necesitar para entablar una vida cristiana. ¡Qué pudiera, pues, deteneros? ¡Cómo vuestro corazon, que parece sensible y honrado, no se conmueve y enternece, considerando tantos favores? ¡Cómo dejará de agradecer beneficios tan inmensos, y cómo podrá no corresponder á tanto amor? ¡Qué! ¡Dios os buscará con tanto ardor, y vos huiréis de vuestra propia dicha? ¡Vuestra alma será capaz de resistir á un Dios que os solicita con tanto empeño? Seria una ingratitude tan insensata como increíble, y mereciera un eterno abandono. ¡Ah señor! esta gracia es muy grande, muy manifiesta, muy visible, para no temer que pueda ser la última.

Miéntas el padre me hablaba, yo repasaba en mi corazon los horrores y desórdenes de mi vida, y me sentia sumergido en tan profunda confusion y vergüenza, que no me atrevia á levantar

los ojos. El sentimiento que distinguia mas en mi alma, era una secreta indignacion contra mí mismo, y excitado por ella le respondí: Veo, padre, que teneis razon, y yo tambien empiezo á reconocer que es Dios quien me ha conducido á esta casa y á vos. No dudo tampoco que su misericordia es infinita, porque todo es infinito en su ser; pero si supiérais el hombre que teneis delante, si pudiérais tener idea del desenfreno y de los horrores de mi vida. . . . pero no. Los que como vos conocen el precio de la virtud, y sobre todo los que la han seguido siempre, no podrán concebir jamas ni el exceso de mi prevaricacion, ni la multitud y enormidad de mis delitos. . . .

¿Son mayores que la misericordia de Dios? ¿Vuestros delitos exceden los merecimientos de Jesucristo? No, señor, no lo podeis decir; y yo os aseguro, que si quereis que se os apliquen, para que todos vuestros pecados se borren, no os costará mas que pedirlo, y enmendar vuestra vida. Todo lo que ese divino Salvador mereció, todo es vuestro; pues no lo mereció sino para vos, como que no tenia necesidad para sí mismo, y todo está pronto cuando lo imploreis para serviros de remedio. Esa sangre que derramó en la cruz, y que está siempre viva á los ojos de Dios, á quien la ofreció por los pecadores, tambien está dispuesta á lavar cuanto se la presenta por mano del arrepentimiento; y como con su valor infinito pa-

gó todas las deudas de los hombres, no es menester mas que implorarla, para que por su aplicacion todas las que contrajo el arrepentido que pide perdon, queden satisfechas.

¿Habeis olvidado lo que dijimos de la misericordia del Señor? ¿No os acordais de la afabilidad y clemencia con que recibe á la pública pecadora? ¿No teneis presente el ardor y la solitud con que el mejor y el mas ofendido de los padres recibió al mas ingrato y disoluto de los hijos? Acordaos tambien de aquel ladron público que moria en el suplicio, condenado por sus muchos delitos: una palabra sola de ruego humilde y fervoroso bastó para transformarle de delincuente en santo, y le condujo de la cruz al paraíso. . . . Todo eso puede ser, padre; pero ni el ladron, ni la pecadora, ni el hijo pródigo, ni ningun hombre entre los vivos y los muertos ha podido igualar jamas el exceso de mis iniquidades. . . .

Pues bien; eso tendrá mas que perdonar la bondad divina, eso contribuirá mas á su gloria; y estad cierto de que lo perdonará: para eso vino á la tierra, para eso murió y padeció tanto. ¡Ay, señor! ese Dios que hizo tanto por los hombres, no quiere que se pierda ninguno. Solo se pierde aquel que se obstina, y no quiere ni arrepentirse ni enmendarse; pero su Dios no solo está dispuesto siempre á recibirle, sino que le está sin cesar impeliendo y convidando, y no desea sino

que se reconozca y humille para perdonarle y recibirle entre sus brazos. La multitud y la enormidad no son nada cuando el arrepentimiento es sincero, y el propósito es firme; porque siempre será mayor la misericordia, y porque es más glorioso á Jesucristo el que por sus méritos se perdona todo.

Considerad, señor, que la tierra no puede ofrecer al cielo otro objeto que le interese, sino el de las acciones morales de los hombres. ¿Qué es toda la naturaleza sino polvo y ceniza? ¿Qué fuera todo el universo sino materia tosca, si los hombres no tuvieran una alma á la imágen y semejanza de Dios, una alma que les dió para que pudieran merecer y obtener con ella una parte en la inmensidad de su gloria? El oro, las riquezas, los frutos que la tierra cria y produce en su seno, todos estos tesoros con que tanto se deslumbra la insensata codicia, no son en los designios de la Providencia más que medios necesarios para sostener el curso pasajero de esta vida, y á los ojos de Dios y de los espíritus celestes no valen más que el lodo y la basura. Solo merece fijar su atención el alma espiritual, esta alma que ha criado para hacerla dichosa; sus deseos son que no se descamine, y que no corra á una desgracia eterna aquella misma que puede asociarse á su propia felicidad.

Así el cielo no tiene ni puede tener otro inte-

res con la tierra sino por las cosas que se ordenan á la vida futura. Sin duda que el justo es objeto de las complacencias de Dios, y que cuanto más fiel se muestra á las inspiraciones de la gracia, tantos más auxilios recibe para aumentar sus derechos á la gloria. Este magnífico Soberano cuyos tesoros no pueden agotarse, da más al que más tiene; pero también el pecador es objeto de su misericordia. Desde el momento que se desvia del camino que la ley le enseña, parece que ocupa con preferencia la atención de su Dios y los espíritus celestes, y que todos le observan con inquietud sus extravíos, esperando el instante de su arrepentimiento. No, no se pierde una alma sin que haya costado á Dios muchos auxilios para corregirla, y á los bienaventurados muchos esfuerzos y deseos para obtener su enmienda.

El Dios omnipotente no la crió sino para hacerla feliz: la redimió con su sangre, la adoptó en la sagrada regeneración, la hizo suya, de su familia, y derramó sobre ella con abundancia los inefables dones de su Espíritu. ¿Qué puede desear sino que los conserve y aproveche? Pero si por desgracia este Partor divino, que ha hecho tanto para preservar á su querida oveja del lobo que la amenaza, ve que á pesar de tan grandes socorros la oveja infiel ó incauta, abusando de su libertad, se acerca al peligro, no hace menos pa-

ra detenerla y recobrarla. Desde el instante que sale del camino, empieza á silbarla, para que conozca su error, y se vuelva al rebaño. No hay medio de que no se sirva para hacerse entender: inspiraciones, remordimientos, ejemplos, sermones, advertencias, buenos libros, enfermedades, infortunios, tristezas y disgustos son los gritos con que la llama, y el amante Pastor no sosiega en su tierna solicitud.

La oveja sorda ó insensible no los oye, ó los desprecia; pero el Pastor no se cansa, y con incansante afán los repite y deversifica: se diría que no tiene otra inquietud ni otro cuidado. Este Pastor poderoso pudiera desde el momento de su infidelidad hacerla víctima de su justicia; pero su deseo es salvarla, y á pesar de su ingratitude y resistencia redobla sus esfuerzos: se pone á la puerta de su corazón, llama, no se le oye; llama con más fuerza, y alguna vez tan recio, que es preciso oírle, pero no se abre la puerta; cuando más, se le dice que espere, y él espera.

Los bienaventurados atentos á este espectáculo, que es el único que puede interesarles en la tierra, observan esta lucha de la gracia con la perversidad. Admiran la clemencia del Pastor, siguen con los ojos la oveja descarriada, desean con ardor que se detenga y escuche el silbo que la llama, interceden por ella, y piden al Pastor que espere todavía, que aumente la fuerza de su

grito; y el Pastor les responde: ¿Que debí hacer más por mi viña, que no haya hecho?

Sin duda que el Pastor omnipotente, que tiene los corazones en su mano, y á quien nada resiste en el cielo y en la tierra, pudiera usando de su poder, detener á la oveja, y hacerla entrar por fuerza en el camino; pero esta conducta fuera contraria á su sabiduría, y al plan con que preside al gobierno del mundo. El Pastor quiere que la oveja tenga también parte en su dicha, esto es, que la obtenga porque la desea y la pide. El la crió sin ella, y no quiere salvarla sin ella: la impone la ley de que coopere á su propia dicha. No solo la da todos los auxilios de su gracia, sino que cuando por su flaqueza ó su ignorancia se desvia, no la abandona; la silba, la previene, y cuanto más se le aleja más la llama: la envía reflexiones que la alumbren, remordimientos que la detengan, contratiempos que la paren, y por fin, hace tanto, que aquellas que acaban de perderse, no pueden acusar más que su propia obstinación.

Pero si por dicha se empieza á divisar en el cielo que la oveja infeliz ya escucha el silbo, que ya no solo se ha detenido, sino que vuelve á encaminarse á la buena senda que había dejado, toda la escena se muda, y todo se transforma en consuelo y alegría. Dios ya empieza á mirarla con semblante risueño, y se apresura á enviarla nuevos mensajeros que la acompañen y sostengan en las

dificultades del camino. La esperanza se pone como por conductora, acompañada de la fe, y la llevan por la mano hasta dejarla en el aprisco.

Al instante los espíritus celestes, llenos de inefable alegría, entonan al divino Pastor un cántico de gracias, que se repite por todos los coros de los angeles, y resuena en toda la extension de los cielos: se dan entre sí el osculo de caridad, reconocen á la oveja que lloraban como casi perdida, por hermana y compañera, que gozará con ellos de sus dichas, y les ayudará á cantar eternamente las alabanzas del comun Pastor; y esta es la fiesta de que hablaba Jesucristo, cuando nos decia, que hay en el cielo mas alegría por la conversion de un pecador, que por la conservacion de noventa y nueve justos (1).

No penseis, señor, que esta discripcion que os hago sea imaginaria, y que no tenga una exacta y entera realidad, pues toda está contenida no solo en estas palabras de Jesucristo, sino en otras muchas que estan diseminadas en el Evangelio. No hay asunto que el Espiritu de Dios haya inculcado tanto, ni que haya repetido de tantas y tan varias maneras, empleando en él diversas especies de figuras, que por distintos modos nos presentan las mas vivas imágenes tanto de la solitud activa de este Dios de clemencia, como del

(1) Luc. xv. 7.

gozo y alegría de todos los cortesanos del cielo.

Cuando el divino Salvador corria por las ciudades y lugares predicando á los pueblos el reino de Dios, le seguia para escucharle una innumerable muchedumbre, y se observaba que con ella iba tambien un gran número de publicanos y pecadores públicos, desacreditados por su mala conducta: el Salvador no lo ignoraba. ¿Quién podia conocer mejor los desórdenes y vicios de cada uno? Pero léjos de rechazarlos con baldones amargos; léjos de alejarlos de sí con la austeridad de su ceño, de tratarlos con desden ó desprecio, los recibia siempre con dulzura, los veia con bondad, iba á sus casas, aceptaba sus convites, algunas veces se convidaba él mismo, y se dignaba de comer con ellos.

Los orgullosos escribas y fariseos llevaban á mal tanta condescendencia, que les parecia indigna de un justo: se escandalizaban, murmuraban públicamente, y querian sacar de esta conducta una induccion contra la virtud de Jesucristo; pero este piadoso Redentor no alteró jamas la dulzura de su caridad, y en varias ocasiones se dignó de hacer su apología, y al hacerla, solia increpar á sus enemigos la dureza de su corazon, su orgullo y demas vicios, y unicamente se ocupaba en compadecer el infeliz estado de aquellos por quienes mostraba tanto interes, y un vivo deseo de remediarlos. Ya los compara á la oveja ex-

traviada que el Pastor solícito recobra, ya á la margarita perdida que se volvió á encontrar, ya se explica con otras varias figuras; pero todas nos descubren su amante corazón, y todas ellas son las que mas pueden consolar á los pecadores penitentes.

Pero oigamos sus propias palabras, escuchemos lo que responde á los que censuraban su bondad. ¡Quién de vosotros, les dice, que tenga cien ovejas, si ve que una se le ha perdido, no deja en el campo las noventa y nueve para ir en busca de la que le falta? ¡Y quién podrá sosegar hasta encontrarla? ¡Quién, cuando la ha encontrado, no la echará con alegría sobre sus espaldas, y desde que llega con ella á su casa, no llamará á sus amigos y vecinos para decirles: Alegraos conmigo, porque ya hallé la oveja que se me perdió?

Decidme, señor, si se puede expresar con mas viveza el ardor, la solícitud, la fatiga, el deseo y el gozo del Pastor, y si se puede tampoco explicar mas la alegría y la complacencia inefable de los ciudadanos de la celestial Jerusalem, pues añade para concluir la parábola: „Yo os declaro, „que del mismo modo habrá mas alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de hacerla.”

Sin duda que un pecador penitente no es mas digno de amor y estimacion, que si hubiera per-

manecido siempre en la justicia; pero parece que como se extravió afligió mas al pastor, y á todos los demas del rebaño fiel y feliz; parece, digo, que su recobro les causa una alegría mas sensible. Y acaso este sentimiento es mas vivo, porque por lo comun la verdadera penitencia inspira un gran fervor, que repara con ventanas los desórdenes pasados.

Si esta figura no os bastare, ved otra de la misma especie. ¡Qué muger, vuelve á decir el Salvador, si pierde una de las diez dracmas que tenia, no enciende al instante su antorcha, no barre su casa, y no la busca con el mayor cuidado, hasta que la halla? Y despues que la halla, junta sus amigas y vecinas, y las dice: Alegraos conmigo, porque ya encontré la dracma que se me habia perdido. Observad la misma inquietud, la misma solícitud, el mismo gozo, y observad tambien la misma conclusion, pues igualmente termina diciendo: „Y os declaro, que del mismo modo se alegrarán en el cielo por la conversion de un pecador.”

Seria menester ser insensible, no sentir el menor gusto para todo lo que es tierno, patético y sublime, ó no tener ninguna idea de lo que es noble, interesante y grande, para no sentirse conmovido con imágenes tan vivas, y con expresiones tan efectuosas. Sobre todas la pintura de aquel Padre tan bueno, tan clemente, tan verdadera-

mente Padre tanto del buen hijo como del pródigo, produce en el alma una dulce impresion, que la consuela y enternece. ¿Y quién es este Padre sino Jesucristo, que hizo su propio retrato, y que nos explicó en estas y otras muchas parábolas semejantes la complacencia que le causa todo pecador que se arrepiente?

¿Quién pues sabiendo las disposiciones de ternura y amor con que le está aguardando este Salvador benigno, podrá intimidarse por la enormidad de sus excesos, para no arrojarse á sus piés, y pedirle perdón? Por lo mismo que son muchos ó enormes debe apresurarse á lavarlos con su sangre preciosa. Esta confianza en su bondad, esta idea del valor de sus méritos debe agradarle. ¿Y cómo se puede temer que no sea bien recibida una súplica, que el mismo que puede concederla es el que mas la desea? El mismo Jesucristo que perdonaba entónces tan fácilmente, es el que imploramos ahora, y el que nos perdona, ni hoy pide, como entónces, mas que confianza y dolor. ¿Quién lo sabe mejor que los verdaderos penitentes que vemos todos los dias? Preguntadlo á ellos, y hallaréis que en las lágrimas que les hace derramar su arrepentimiento, encuentran mas dulzura que la que hallaron jamas en los falsos placeres que ahora lloran....

Con discursos tan dulces y consoladores este hombre excelente introducía en mi alma el pláci-

do consuelo de la esperanza. Oyéndole hablar con tan amable unción de la bondad de Dios y de la incomparable caridad de Jesucristo para los pecadores, empezaba yo á gustar una confianza pura, filial y tierna, que mi corazón no conocía ántes, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresion si no me hubiera aliviado con la abundancia de mi llanto. No podía pensar sin un vivo dolor el haber pasado tantos años en la ignorancia de una religion, en que todo es tan sublime, tan grandioso, y todo tan admirablemente adecuado á la flaqueza y á las necesidades de los hombres.

El padre, viéndome enagenado en mi llanto, continuó diciéndome: Esas lágrimas, señor, son muy felices, y sin duda vienen del cielo, pues las vierte el dolor; ¿pero cuánto mas lo serán, cuando el amor las produzca, y las acompañe la confianza? Figuraos, señor, que pues no pueden dejar de ser ciertas las luces que nos dan las parábolas del Evangelio, en este instante en que nosotros hablamos aquí, todo el cielo tiene los ojos fijos sobre vos. Jesucristo observa vuestro corazón, y espera el efecto que en él producirá su gracia; toda la corte celestial os observa é intercede por vos; vuestro ángel tutelar mas especialmente encargado de vuestra custodia, os aguarda y pide con todos sus esfuerzos. Dios os prepara nuevas gracias, y solo espera que cooperéis á las

que ya os ha dado, para enviaros otras que perfeccionen esta reconciliacion que desea, y que su misma bondad ha dirigido.

¿No veis, señor, que su providencia, que es la que regla todos los sucesos de la tierra, es la que os ha hecho venir á aquí? ¿Y para qué ha podido traerlos, sino para que en el silencio de este retiro pueda su gracia haceros entender las verdades de su religion, y los atractivos de la virtud? ¿Y podéis temer que el que os ha silbado de tan léjos, el que os ha buscado con tanto ardor, cuando vos procurábais huir, os abandone ahora que sois vos el que se dispone á buscarle? ¿ahora que ya habeis escuchado su voz, y que dejando el extravío, os preparais á entrar en el sendero? No señor: Dios es fiel, y jamas ha faltado al que le busca. El Dios de las misericordias se acuerda del lodo de que somos hechos, y está siempre dispuesto á ver con ojos compasivos al corazon que se le humilla, al corazon contrito que le teme y adora; su bondad paterna se apiada de nosotros. ¿Qué madre recoge con tanto amor á un hijo arrepentido en su regazo?

Vos habeis vivido largo tiempo en la esclavitud del pecado: mucha desgracia es; pero Dios os ha echado una ojeada de misericordia, y os llama ahora. ¿Qué podeis hacer en este momento, sino escuchar con alegría y gratitud las palabras de paz y reconciliacion que os dice? Léjos de vues-

tro pensamiento la idea de que la multitud y la gravedad de vuestras culpas deban arrojar de vuestro pecho la esperanza, ó que Dios os haya separado ya irrevocablemente del número de los vivos: este seria el mayor de los pecados. No pudiérais hacer mayor delito que pronunciaros vos mismo esta maldicion, y desconfiar de una bondad que jamas se agota. El Dios vivo lo ha dicho, y ha jurado por sí mismo (1) *que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.* El ha pronunciado: *Convertios, y yo borraré la iniquidad.*

Si señor; él lo ha dicho muchas veces, y por distintos modos. La Iglesia su hija, encargada de promulgar estas palabras de consuelo, ha recibido de su divino Padre toda la autoridad necesaria para borrar y perdonar todos esos pecados. Yo su indigno ministro, aunque instrumento débil, y aunque mas miserable y pecador que todos, los puedo destruir, aniquilar y perdonar en su nombre. Cuando fueran los mas enormes; cuando á los que habeis cometido se juntaran todos los que han hecho los hombres de todos los siglos, yo hombre vil y despreciable á los ojos de Dios, pero su ministro y sacerdote indigno, puedo, si vos me ayudais con vuestro dolor y propósito de no volver á cometer ninguno, con una pa-

(1) Ezech. xviii. 21. 22.....